

Hay que confesar que, si se contempla desde una óptica puramente humana, desde el ambiente que reina no sólo en las grandes ciudades sino incluso en los pequeños pueblos, quizá nuestro publicista tuviera razón. Nuestra gente de hoy está demasiado inmersa en un continuo sinfín de impresiones, se ve acosada por una tal profusión de voces que le llegan de todas partes y vive anegada en una tal infinidad de rumores que con una tal rapidez apenas queda posibilidad de que lo captado persevere por un corto espacio de tiempo en los ánimos, ya que apenas se han proferido unas voces, pronto se oyen otras que ahogan las primeras. ¿No será, por lo menos en parte, debido a este fenómeno, por lo que los textos litúrgicos reformados ayer mismo se juzgan hoy como si ya no dijeran nada al hombre del siglo XX y por ello se suplen por otros de creación privada, que bien pronto han cansado también a nuestra gente? ¿Y no será, por tanto, ir contra nuestro tiempo insistir en la celebración pascual prolongada durante 50 días?

113

dice el Calendario Romano, “como un sólo y único día festivo” (1) no sólo continúa siendo válido sino que incluso resulta muy expresivo de lo que es el misterio cristiano. Es probable que aquí tengamos una de las características más propias de la identidad cristiana, un “sacramento” de aquella alegría de la que habla el Evangelio (2) que nadie nos podrá nunca arrebatarnos, de aquella paz que es tan duradera que por ello también se distingue de la paz del mundo (3). ¿No dijo ya, en el siglo IV, San Agustín que los 50 días festivos de la Pascua eran como una profecía de la fiesta que no tendrá fin?

Cuando el presente número de *Oración de las Horas* llegue a manos de nuestros lectores el ciclo pascual estará ya acercándose a la mitad de su curso, y es posible que, si no se hace un esfuerzo de profundización empiece a decaer su celebración y ya no presente aquel rostro de “gran fiesta” o “gran domingo”, lleno de alegría y de júbilo, que le es propio, según la feliz expresión del Calendario Romano (4). Las comunidades religiosas, sobre todo las que se dedican a tareas educativas, pueden sentir un decaimiento en el ambiente festivo de estos días precisamente porque éstos coinciden con las últimas evaluaciones del curso escolar; las contemplativas, por su parte, también es posible que, después de los esfuerzos hechos en las celebraciones extraordinarias del Triduo Pascual, sientan la tentación de volver a un cierto “tiempo ordinario”. Ello empobrecería evidentemente no sólo el sentido del año litúrgico sino incluso la vivencia del mensaje evangélico culminado en una fiesta muy distinta de lo que son las fiestas que viven los hombres.

Esperamos que este número de *Oración de las Horas* contribuya, a su manera, a hacer perseverar en la celebración festiva de los 50 días y a alejar la tentación de todo desánimo celebrativo. Cuatro de las aportaciones, sobre todo, de este fascículo, pensamos ayudarán a lograrlo: el comentario al salmo 115, texto que la Iglesia incorpora a su oración no sólo en la Pascua anual (5) sino también en la Pascua semanal del domingo (6); el sugestivo artículo de J. Martorell que, situando en su propio ambiente los varios comentarios de San Cirilo al evangelio de San Juan que se leen en el Oficio de lectura de estos días, ayuda a comprender mejor, casi en línea de lectura semicontinua, los escritos de este Padre y finalmente las reflexiones sobre los últimos días del ciclo pascual que insisten en no desvincular estas últimas ferias del resto de la Cincuentena, como, por desgracia pasa algunas veces. También el material de este número se aúna en esta misma línea, pues ofrece unas moniciones a las lecturas breves de Vísperas que en los últimos días de la Cincuentena toman un acento muy propio y peculiar que es una nueva insistencia a no abandonar el carácter festivo de Pascua sino hasta después de la solemnidad conclusiva de Pentecostés. P.F. ●

(1) N. 22

(2) Jn 16,22

(3) Jn 14,27

(4) N. 22

(5) Vísperas Sábado Santo, Vísperas de Pascua

(6) I Vísperas Domingo III